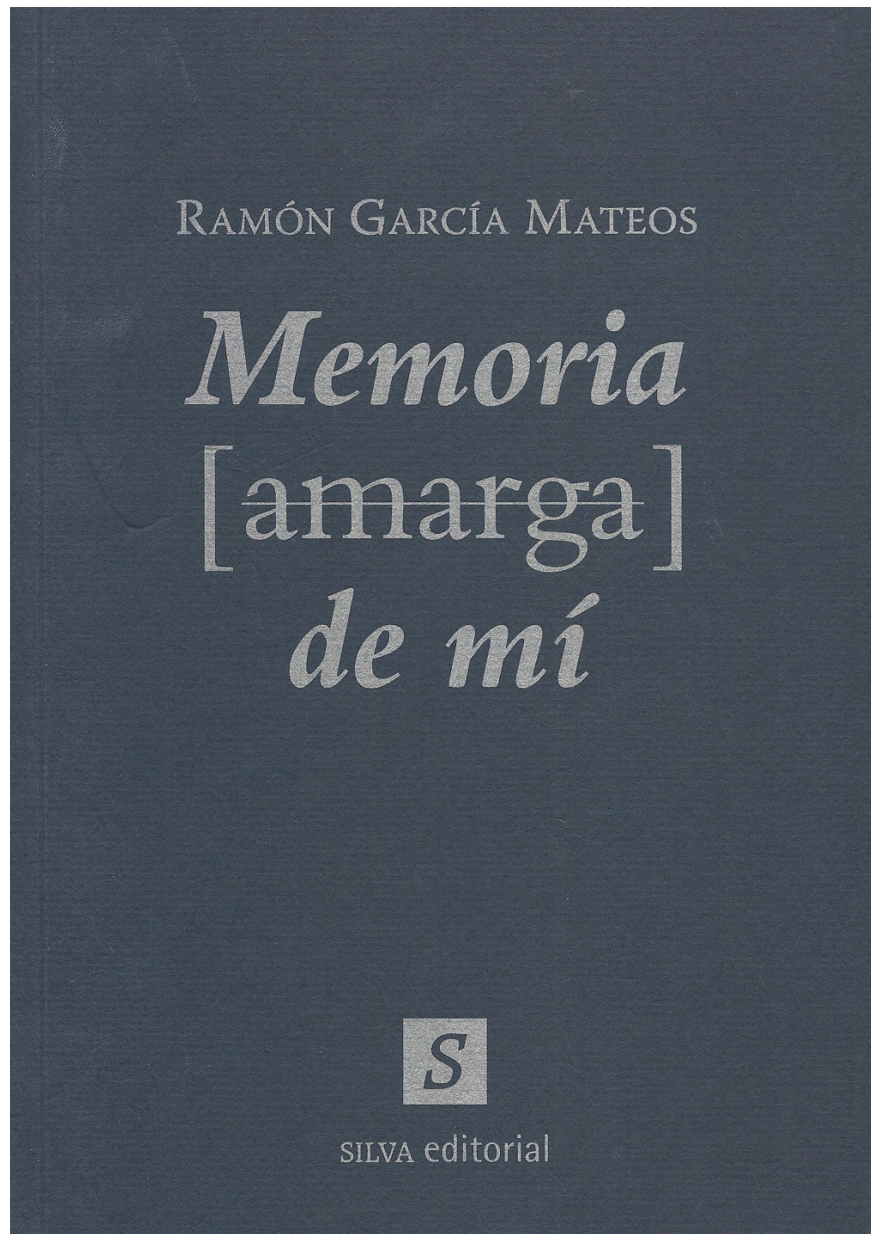


El siguiente artículo, **El grupo o escuela poética de Tarragona. Primera aproximación a manera de testimonio personal**, de Ramón García Mateos (poeta, narrador, profesor de Universidad y de Instituto...), aparece en su libro *Memoria [amarga de mí]* publicado en 2006 por Silva editorial.



24 de julio de 2005, domingo

*[EN 1997 PUBLIQUÉ EN PAPEL LITERARIO, suplemento del Diario de Málaga, un artículo — que creo haber mencionado anteriormente de pasada— bajo el título “El grupo o escuela poética de Tarragona. Primera aproximación a manera de testimonio personal”. Hoy, revolviendo papeles, me encuentro con el recorte del periódico. Lo releo. Sigo pensando básicamente lo mismo. Repaso el texto, lo corrijo y amplío, y aquí lo dejo, en las páginas de este cuaderno que rastrea la memoria. Sé que hay muchos datos que ya he ido apuntando, respunteados, aquí y allá, y otros que, probablemente, volverán a aparecer en las páginas que escribo, no obstante ahora, bien contextualizados, pueden alcanzar una dimensión y un alcance distintos. Espero que así sea.*

*Cuando por vez primera vieron la luz estas líneas hubo quien se sintió agraviado por su ausencia —¡hay que ver hasta donde llega la triste vanidad de los poetas!—, si eso volviere a suceder les remito, otra vez, a las palabras del Arcipreste que cierran este tranco.]*

Es un hecho frecuente, en el complejo panorama de la literatura española de nuestros días —y, en realidad, de todos los tiempos y en todas las literaturas—, que aquellas iniciativas que se desarrollan al margen de los canales habituales de difusión y comercialización de la literatura —editoriales de solvencia y alcance general, instituciones y organismos oficiales...—, fuera de los ámbitos de mayor peso específico en el mundo de la cultura —universidades, capillas y cenáculos establecidos...— queden relegadas siempre a un segundo plano, cuando no al más absoluto desconocimiento, y, en el mejor de los casos, sean redescubiertas y valoradas cuando el tiempo, la distancia o, incluso, la muerte han dejado ya su triste huella sobre la herida de la indiferencia. Si a la mencionada *marginalidad*, aunque consciente, no deseada en la mayor parte de los casos, le sumamos el aislamiento cultural de muchas de las ciudades de provincia donde estas iniciativas —revistas poéticas, colecciones literarias, obras de autores individuales...— se desenvuelven, tenemos entonces la ecuación perfecta para la condena a la sepultura del olvido. Muchos serían los ejemplos que podríamos aportar, mas es algo tan evidente que huelga cualquier ilustración.

Esta circunstancia se agrava aun más cuando nos referimos a la poesía: un género minoritario, aunque nos duela reconocerlo, y que —paradoja constante— se multiplica sin cesar en colecciones de escaso alcance, ediciones de autor y publicaciones institucionales. Desbrozar ese panorama —separar las churras de las merinas, que dirían en mi pueblo— es tarea ardua y difícil y, sin embargo, necesaria. Con ese propósito nacen estas notas que ahora escribo, intentar el esbozo para una primera aproximación a un

grupo de poetas que, desde hace casi veinte años —tiempo suficiente para poder volver la vista atrás con cierta perspectiva—, vienen desarrollando una incesante labor literaria en tierras de Tarragona. Escritores en lengua española que viven y escriben, valga la paráfrasis, en Cataluña. Pero tal vez sea necesario hacer un poco de historia.

En diciembre de 1981 aparecía en la entonces Facultad de Letras de Tarragona (Universidad de Barcelona) el primer número de una revista, *Et Cetera*, cuya trayectoria se prolongaría a lo largo de cuatro años y ocho números: la revista fallecía, transformado en negro luctuoso el tradicional fondo blanco de su portada, en marzo de 1985. Las páginas de *Et Cetera*, que acogerían firmas insignes de nuestra literatura (Vicente Aleixandre, Camilo José Cela, Antonio Buero Vallejo, Gabriel Celaya, José Agustín Goytisolo, María Aurelia Capmany, Ramiro Pinilla, Narcís Comadira...), aglutinaron a buena parte de esos escritores —algunos de ellos estudiantes universitarios, todos jóvenes apasionados— que englobamos bajo el epígrafe *grupo poético de Tarragona*, cuyo núcleo inicial estaba integrado por Manuel Rivera Moral, Alfredo Gavín Agustí, Juan López-Carrillo, Josep Moragas Pagés —prosista en excedencia y entonces ideólogo del grupo— y quien escribe estas líneas, Ramón García Mateos. Fueron años de constante actividad e ilusión casi juvenil —actos culturales y reivindicativos, lecturas de poemas, tertulias hasta el alba...— en los que se fraguaron amistades y conocimientos al calor de la letra impresa; en la revista vieron la luz versos de numerosos poetas jóvenes, tanto en lengua castellana como catalana: Vicenc Vernet, Rosa María Miró, Ana María Rodríguez, Pepa Berenguer, Anna Segarra, Juan Fco. Martín Gil, Juan González Soto, Sara Pujol... Sara, profesora de la Facultad de Letras, animaría, tiempo después, la aparición de la revista literaria *Salina*, vinculada a la Universidad, que prosigue aún hoy, y con salud envidiable, su andadura y en la que se reencontrarían muchos de los habituales colaboradores de *Et Cetera*. Por otra parte, como poeta, Sara Pujol ha publicado en los últimos años dos importantes títulos en la colección Esquíu, *El fuego tiende su aire* (1999) e *Intacto asombro en la luz del silencio* (2001), y una antología de su obra, traducida al italiano, bajo el epígrafe *Il fuoco del silenzio* (2001).

Mención especial merece, por su influencia y magisterio sobre aquel grupo de jóvenes poetas, el profesor Ramón Oteo, catedrático de Lengua y Literatura Españolas de Bachillerato y profesor de la Universidad tarraconense, quien no sólo hizo prender en nosotros el fuego de la pasión literaria sino que, además, de él aprendimos que la literatura y la vida, la vida y la literatura, se confundían en una realidad mágica y esplendorosa en la que no podían marcarse lindes ni establecer fronteras. Ramón, maestro siempre, nos enseñó, con su ejemplo, que la literatura era también una actitud ante la vida y que, como dijera José María Valverde, inútil es toda estética carente de ética. El profesor Oteo, quien a pesar de toda una vida dedicada al hábito de delinear endecasílabos no se había decidido a ofrecer a los lectores una muestra ordenada de su

obra, publicaría en 1997 *El perfume del vaso*, libro largamente esperado y que no defraudó en absoluto tantas expectativas.

Por aquellos mismos años, y paralelamente a la experiencia de *Et Cetera*, nació una iniciativa editorial independiente, Rotoarco, que germinó en una colección poética, Amargamar, cuyo primer número sería un volumen colectivo que con el título de *Pasión primera* (1983) recogía una muestra antológica de la obra de los escritores anteriormente citados como núcleo inicial de la Escuela de Tarragona. El prólogo del libro lo firmaba Ramón Oteo y cada uno de los autores aparecía precedido de una nota de presentación: palabras de don Camilo José Cela para los cuentos de Josep Moragas; de los profesores José María Fernández, Montserrat Corretger y Joan Pamies para los versos de Manolo Rivera, Juan López-Carrillo y Alfredo Gavín, respectivamente; y de Leopoldo de Luis para mis poemas. Aquel primer libro, empresa colectiva como común habían sido nuestros empeños hasta ese momento, abrió un camino que proseguiría después con una antología *Homenaje a Vicente Aleixandre* (1985), con motivo de la muerte de nuestro premio Nobel, en la que aparecieron poemas de Victoriano Crémer, Carmen Conde, José Luis Cano, Ramón de Garciasol, Concha Zardoya, Leopoldo de Luis, José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Félix Grande, Carlos Álvarez, Antonio Colinas, Ramón Oteo, Luis Díaz Viana... y junto a ellos también nuestro testimonio de admiración y cariño hacia el maestro del veintisiete, de nuevo la mayoría de firmas que habíamos rubricado las páginas de *Et Cetera* nos reencontrábamos en esta antología: Alfredo Gavín, Manolo Rivera, Juan López-Carrillo, Josep Moragas, Vicenc Vernet, Juan Fco. Martín Gil, Sara Pujol, Rosa María Miró, Ana María Rodríguez...

Tuve el honor de que mi poemario *En el arco del tiempo* compartiera con un conjunto de sonetos de Leopoldo de Luis, *Sonetos ofrecidos*, las páginas del tercer volumen de la colección Amargamar: *De una eterna voz* (1986), un libro que nació del tesón de Josep Moragas y que prologó el profesor José Manuel Blecua. De aquel mi primer libro guardo en el corazón la generosidad de Leopoldo y el recuerdo cálido de mi inocente esperanza. Tras un largo paréntesis editorial —la vida da muchas vueltas y no es fácil mantener una empresa independiente de estas características— *En la huida* (1991) de Manuel Rivera, obra ganadora del Premio Nacional de Poesía “Ángel González 1990”, y *Ceremonias de paso* (1992) de Alfredo Gavín llegaron a los escaparates de las librerías, dos libros ya maduros que mostraban dos voces poéticas bien distintas y ambas en plena sazón: la voz sincera, esencial y honda de Manolo; la voz mineral, de múltiples reflejos y envidiable facilidad de Alfredo. *La casa del lenguaje* (1993), del escritor argentino Pedro Sánchez de Martino, precedió a dos libros de Juan López-Carrillo: *Los años vencidos* (1997), una obra largamente meditada, y que florecía tras muchos años de dedicación, años que Juan empleó para hacerse con un tono poético personal, y *Poemax* (1999), un libro misceláneo de tono erótico y libertino en el que se mezclaba el verso tradicional con poemas visuales

y que tuvo la particularidad de reunir, junto a los textos del autor, colaboraciones de numerosos amigos. *Poemax* fue el germen de un libro posterior, *69/modelo para amar* (2001), que le publicaría Sergio Gaspar en DVD. Ahí murió la andadura de Rotoarco.

Pero además de estas iniciativas, otras muchas actividades se han desarrollado durante estos años en tierras de Tarragona, directa o indirectamente relacionadas con ese grupo de poetas que nacía como tal en los primeros ochenta. En 1991 intenté impulsar, desde Cambrils otra quimérica empresa editorial, Trujal, que inauguraba una antología de poesía joven, *Tres poetas en un solo de voz*, a la que se sumarían otros títulos en el ámbito de la narrativa, la novela de Ignacio Sanz *Zaragüel* (1994), y de los estudios sobre folclore, *Homenaje a Joaquín Díaz* (1991). Posteriormente el sello Trujal, furtivo y libertario, acogió, entre 1998 y 1999, una serie de cuadernillos poéticos —se publicaron monográficos de Eduardo Moga, Alfredo Gavín, Máximo Hernández y Enrique Villagrasa— y dos espléndidas antologías: *Tempestades de amor contra los cielos. Homenaje a José Agustín Goytisolo* (2000), con motivo del primer aniversario de la muerte del poeta catalán, y *Palabras frente al mar* (2003), a raíz de la celebración en Cambrils de las Jornadas sobre Poesía Contemporánea, en la primavera de 2003: estas *Palabras...* son una magnífica muestra de la mejor poesía española de nuestros días.

En la ciudad de Tarragona, y desde 1997, se ha coordinado, bajo la denominación Tertulia Mediona 15, un grupo de poetas que se reúnen, leen sus versos y proyectan empresas comunes, entre ellos y en nómina intermitente, Juan González Soto, Juan Carlos Elijas, Alfredo Gavín, Tomás Camacho, Manuel Rivera, Teresa Domingo, Iván Díaz Sancho, Agustín Gutiérrez... Desde entonces, y hasta hoy, han desarrollado un calendario ininterrumpido de lecturas poéticas en las que han intervenido algunos de los grandes poetas actuales, tanto en lengua española como catalana. Asimismo mantienen una colección poética, Los Cuadernos de la Perra Gorda, donde han visto la luz, entre otros muchos, los libros *Línea de flotación* (1998) y *Toro o azar* (2002) de Juan González Soto; *Un azar nos inventa* (2000) de Manuel Rivera; *Tombeau* (2002) de Iván Díaz Sancho; *Versos atávicos* (1998) y *La tribu brama libre* (2003) de Juan Carlos Elijas...

Del grupo de Mediona, tanto Juan González Soto como Juan Carlos Elijas han ido, poco a poco, hallando su sitio y proyectándose más allá de los límites geográficos locales. Juan se ha inclinado, como estudioso, hacia el ámbito de la literatura hispanoamericana: realizó su tesis doctoral sobre la obra de Manuel Scorza y es un muy buen conocedor de la poesía ecuatoriana, especialmente de Iván Carvajal de quien preparó la edición de *La casa del furor* para la editorial La Poesía, señor hidalgo; Charly ha cuajado como poeta y sus versos han sido reconocidos en distintos certámenes literarios: el más importante, el Premio Miguel Labordeta de 2003 por su último libro, *Camino de Extremadura*.

En el año 2000, y también en Cambrils, aparecía el primer número de la revista *La Poesía, señor hidalgo*. Surgió del empeño de Juan Ramón Ortega Ugena —poeta y

novelista hoy oculto tras sus desvelos como editor— y contó con mi colaboración entusiasta: ambos la dirigimos al alimón en sus primeras entregas. Con periodicidad semestral, han visto la luz, hasta el momento, ocho números que la han convertido en una de las mejores —sino la mejor— publicaciones periódicas españolas dedicadas a la poesía. El cauce de la revista se bifurcó hacia el campo de la edición. Ortega Ugena, ahora ya desde Barcelona, dirige la editorial del mismo nombre, destinada a ser una referencia sustancial en la literatura en lengua española.

De especial significación fue el encuentro de poetas en las Jornadas sobre Poesía Contemporánea, que tuvieron lugar en Cambrils, en el mes de abril del año 2003. Por unos días, esta villa marinera ribereña del Mediterráneo se convirtió en la capital española de la poesía. [*Larga referencia de aquellos días imperecederos se da, más adelante, en este cuaderno.*]

Y, mientras tanto, han ido apareciendo otros poemarios de diferentes poetas tarraconenses, por nacimiento o residencia, que han recibido reconocimientos varios: así en 1996, Ana María Rodríguez —que citábamos como colaboradora de *Et Cétera*— obtenía el Premio Carmen Conde con su primer libro, *El silencio de la sirena*, y en 2001 daba a la imprenta, también en la editorial Torremozas, *Clave de luna*; Ramón Sanz resultaba, en 2003, ganador del Premio Esquíu con *La Lluvia en los zapatos*; el turolense Enrique Villagrasa, también periodista y crítico literario, ha sido galardonado con el Premio León Felipe por *Límite infinito* (2005); y Rafael Gómez, que había obtenido en 1990 el Premio Ciudad de Alcorcón, por *El monte blanco*, publicaba recientemente una amplia antología de sus poemas en *La anchura de los puentes* (2005).

No ha sido más que un breve recorrido, ligeras pinceladas, por esa historia que inicialmente mencionábamos como necesaria. Un recorrido que demuestra las constantes interrelaciones de este *grupo poético de Tarragona* y su dilatada actividad literaria, cuyo eco no ha resonado con mayor fuerza porque, como ya apuntábamos más arriba, ha tenido lugar en tierras de Tarragona —y no en Madrid o Barcelona— y además en lengua española, lo que, evidentemente, no es la mejor carta de presentación para tener hoy resonancia literaria en Cataluña. La calidad poética de algunos de sus integrantes no desmerece, antes al contrario, al lado de los poetas reseñados habitualmente como representantes de la poesía última española.

Sé, con toda probabilidad, que he omitido, por desconocimiento o desmemoria, nombres e iniciativas literarias de distinto carácter, pero mi intención no ha sido otra que la de trazar, mediante estas notas sin orden ni concierto, el esbozo de un panorama poético que merece, sin duda, mayor atención. Vaya desde aquí mi invitación para que otros puntualicen o completen mis palabras, como dijera aquel viejo juglar errante que fue Juan Ruiz:

*Qualquier omne que.l oya, si bien trobar sopiere,  
más á y añadir e emendar si quisiere*